

LA OBRA ETNOGRAFICA Y LINGÜÍSTICA DE LOS RELIGIOSOS EN MICHOACAN EN LOS SIGLOS XVI Y XVII

Ricardo León Alanís

Introducción

Cuando los primeros misioneros franciscanos llegaron a Michoacán en el año de 1525, uno de los principales problemas que encontraron en la región para emprender de inmediato su labor apostólica, fue sin duda la diferencia cultural y lingüística tan grande que existía entre los llamados tarascos o purépecha y el resto de los grupos indígenas que habitaban Mesomérica. Esta situación tan especial haría que la obra misionera en Michoacán permaneciera relativamente estancada durante los primeros años, ya que de poco a nada servía la escasa, aunque importante experiencia adquirida por los religiosos franciscanos durante los años previos en las misiones que desarrollaban en el centro de la naciente colonia.

Sin embargo, en el territorio michoacano también habitaban desde tiempo inmemorial otros pueblos indígenas -tales como los matlacincas o pirindas y los llamados tecos-, con quienes los tarascos habían establecido alianzas militares para la defensa del señorío. Estos grupos se ubicaban principalmente en las regiones fronterizas y en algunos lugares costeros de la llamada Tierra Caliente, a donde los misioneros agustinos se dirigieron luego de su llegada a Tiripetío en 1538.

En ese sentido, cabe señalar que los avances más notables durante los primeros años de la evangelización en Michoacán, se presentaron sobre todo

en dichas zonas fronterizas (Acámbaro y Zinapécuaro, principalmente) debido tal vez a que en estos lugares se encontraban congregados grandes grupos de origen nahua y otomí, cuyas lenguas probablemente eran ya más conocidas por los misioneros que evangelizaban la zona central. Sin embargo, como se ha dicho, en la mayor parte de Michoacán la obra de los misioneros permaneció relativamente estancada, debido al poco conocimiento que tenían de la lengua tarasca. Así, al cabo de algunos años, cuando adquirieron un conocimiento más profundo de la lengua y las costumbres de los tarascos, fue que los religiosos pudieron desplegar toda su capacidad y fuerza para evangelizar a éste que era el grupo indígena predominante en la mayor parte de Michoacán.

Al respecto, el presente ensayo recoge en síntesis los trabajos etnográficos y lingüísticos elaborados con ese propósito por los religiosos en Michoacán durante los siglos XVI y XVII, mismos que por sus características generales podemos dividir en tres categorías: una, la de los estudios etnográficos sobre la historia, tradiciones, política y costumbres religiosas de los tarascos prehispánicos; dos, la de los estudios lingüísticos del tarasco o la “lengua de Michoacán” (principalmente artes y vocabularios, como se les llamaba entonces a las gramáticas y diccionarios) y tres, la de los catecismos y traducciones al tarasco de textos de la Sagrada Escritura, evangelios, oraciones, sermones y explicaciones sobre la doctrina y la Fé cristiana, que los misioneros hacían con el fin de auxiliarse en su trabajo pastoral.

De lo anterior, se desprenden aproximadamente 28 o 29 textos debidamente registrados para este periodo, divididos en: 2 relaciones etnográficas, 8 estudios o diccionarios sobre la lengua (7 en tarasco y 1 en matlacinca), y 20 traducciones o catecismos. De ellos, 20 son de origen franciscano, 6 corresponden a los agustinos y 2 son de procedencia jesuita.

Lingüistas y etnógrafos franciscanos

Al parecer, uno de los primeros misioneros franciscanos que conoció y habló la lengua tarasca fue fray Diego de Almonte o Santa María, de quien se sabe vino probablemente en el grupo original de religiosos que llegó a Michoacán en 1525. Sin embargo, desafortunadamente este misionero no parece haber dejado mayores huellas de su paso por Michoacán, ni mucho menos algún escrito, estudio o apunte importante de sus conocimientos sobre

la lengua aborigen, pues solamente se sabe que sirvió como interprete a unos indios tarascos que fueron a México hacia 1531.¹

No obstante, todo parece indicar que en el segundo grupo de religiosos franciscanos que llegó a Michoacán en el año de 1528, vino también por primera vez el religioso fray Jerónimo de Alcalá, quien habría de distinguirse muy especialmente por ser “el primero que escribió y supo la lengua de Michoacán”,² es decir, el primero que desarrolló un sistema de escritura para retener y facilitar su aprendizaje.

Al respecto, se dice que muy probablemente fray Jerónimo de Alcalá aprendió los rudimentos de la lengua tarasca con la ayuda de don Antonio Huitziméngari, descendiente directo del último *Cazonci* o señor de los purépecha y uno de los nobles indígenas más ilustrados de su tiempo, a quien conoció durante su estancia en la escuela de primeras letras del convento franciscano de Tzintzuntzan.³

Sin embargo, al margen de ello, es importante destacar que con toda seguridad a fray Jerónimo de Alcalá se puede entonces atribuir la autoría de las dos primeras obras de carácter lingüístico y etnográfico que conocemos para el caso de Michoacán: la *Doctrina Cristiana en Lengua de Michoacán*, escrita hacia 1537, y la *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la Provincia de Michoacán*, escrita hacia 1541.⁴

De la primera de ellas, la *Doctrina Cristiana*, debemos decir que se trata sin duda del catecismo tarasco más antiguo del que se tiene noticia. Al parecer, por intermediación de los obispos Vasco de Quiroga y fray Juan de Zumárraga, recibió la autorización real para imprimirse en el año de 1538 en la imprenta de Juan Croberger. En ese sentido, hay indicios claros de que para

-
1. Warren, Benedict. *La conquista de Michoacán 1521-1530*. Morelia, Fimax Publicistas, 1977, p. 113; Cfr. el artículo del mismo autor: “Los estudios lingüísticos en Michoacán en el siglo XVI: una expresión del humanismo cristiano”. En: Carlos Herrejón Peredo (editor). *Humanismo y ciencia en la formación de México*. V Coloquio de Antropología e historia regionales. Zamora, El Colegio de Michoacán-CONACYT, 1989, p. 113.
 2. Muñoz, fray Diego. *Descripción de la Provincia de San Pedro y San Pablo de Michoacán de la Nueva España*. Guadalajara, Imprenta Gráfica, 1951, p. 20.
 3. Corona Nuñez, José. “Antonio Huitziméngari, primer humanista tarasco”. En: *Humanistas novohispanos de Michoacán*. (Biblioteca de nicolaitas notables 13). Morelia, Universidad Michoacana, 1982, p. 52.
 4. Véase: Benedict Warren. “¿Fray Jerónimo de Alcalá: autor de la *Relación de Michoacán*?”. En: *Anuario 2, Escuela de Historia*. Morelia, Universidad Michoacana/Escuela de Historia, 1977, pp. 139-163.

1540, dicha doctrina ya había sido puesta en uso por el propio fray Jerónimo de Alcalá y otros frailes franciscanos que misionaban en Michoacán.⁵ Desafortunadamente, de esta doctrina no se conserva actualmente ningún ejemplar, pero es indudable que en su momento jugó un papel importante para la evangelización en Michoacán ya que a través de ella comenzó a difundirse más ampliamente el catecismo cristiano.

Por su parte, la *Relación de Michoacán* -como se conoce comunmente la segunda obra señalada-, fue escrita por encargo del virrey don Antonio de Mendoza y para su elaboración fray Jerónimo de Alcalá, presumible autor del texto, se auxilió de los indios ancianos de Tzintzuntzan y del entonces gobernador indígena don Pedro Cuinierangari. En ese sentido, cabe señalar que la *Relación* representa ante todo una fuente de valor incalculable para la historia de Michoacán, debido principalmente a la gran cantidad de noticias que contiene sobre los tarascos prehispánicos y los primeros tiempos de la dominación española.

Sin embargo, como se ha dicho acertadamente, este tipo de trabajos etnográficos elaborados por los misioneros no fueron resultado de un interés particular o de admiración hacia la cultura indígena, sino más bien producto de la necesidad que los religiosos tenían de conocer a fondo la historia, costumbres, ritos, creencias y prácticas religiosas de los naturales para evitar que al paso del tiempo éstos las siguieran utilizando clara o disimuladamente, pues ante todo se trataba de erradicar para siempre todas las manifestaciones de la antigua religión e imponer asimismo una nueva cultura.⁶

Por ello, es importante mencionar que, al margen de su indiscutible valor etnohistórico, la *Relación*, guardó también en su momento una vinculación estrecha con el proceso de evangelización, pues en la primera parte -que desgraciadamente se encuentra perdida-, dicha relación contenía una serie de noticias y conocimientos respecto a los dioses, fiestas, costumbres, creencias y prácticas religiosas de los tarascos en los tiempos de su gentilidad, mismos que seguramente fueron de gran ayuda para los misioneros en el desempeño de su labor apostólica.

5. León, Nicolás. "Noticia de una obra en tarasco". En: *Anales del Museo Michoacano*. Edición facsimilar. Guadalajara, Edmundo Aviña Levy editor, 1968, pp. 62-63; Cfr. *Anales de Tarecuato*. México, Vargas Rea, 1951, p. 11; Benedict Warren. "¿Fray Jerónimo de Alcalá..., en *Op.Cit.*, pp. 150-152.

6. Véase: Robert Ricard. *La conquista espiritual de México*. México, Fondo de Cultura Económica, 1986, pp. 109 ss.

Al respecto, el propio autor de la *Relación*, nos dá a conocer estos objetivos apostólicos de su obra en los siguientes pasajes del prólogo: “Vuestra Señoría (el virrey) me dijo que escribiese de la Gobernación de (los indios) de esta Provincia, yo porque aprovechase a los religiosos que entienden en su conversión, saqué también (de) donde vinieron sus dioses más principales y las fiestas que les hacían, lo cual puse en la primera parte... porque los religiosos tenemos otro intento que es plantar la Fé de Cristo y adornar esta gente con nuevas costumbres y tornarlos a fundir si posible fuese para hacerlos hombres de razón después de Dios”.⁷

Sin embargo, hacia 1542, llegó a la Nueva España el religioso que más ampliamente se destacaría en el estudio y dominio de la lengua tarasca: el franciscano fray Maturino Gilberti, natural de Francia, de quien se dice que “llegó a hablar el tarasco con tanta propiedad y elegancia como si hubiera nacido entre los propios indios, que difícilmente ministro alguno, fraile o clérigo, podría superarlo”.⁸

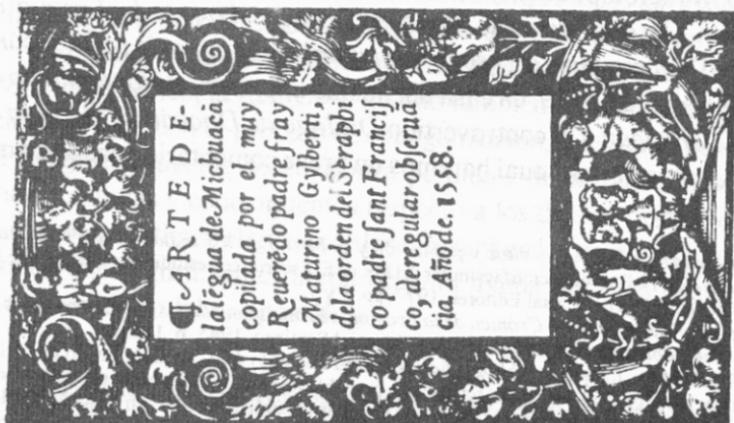
Con una asombrosa capacidad, fray Maturino asimiló rápidamente todos los secretos de la lengua aborígen y al poco tiempo inició una vertiginosa carrera lingüístico-literaria que lo llevó a producir en pocos años más de una decena de textos en la lengua indígena a la que él simplemente denominó “de Michoacán”.

En 1558 fueron publicadas en la imprenta de Juan Pablos las que al parecer fueron sus dos primeras obras en tarasco: *Arte de la Lengua de Michoacán* y *Devocionario o Tesoro Espiritual en Lengua de Michoacán*.⁹ A ellas le siguieron, en 1559, en casa del mismo impresor, el *Vocabulario en Lengua de Michoacán* y el controvertido *Diálogo de Doctrina Cristiana en Lengua de Michoacán*, del cual haremos un breve comentario mas adelante.

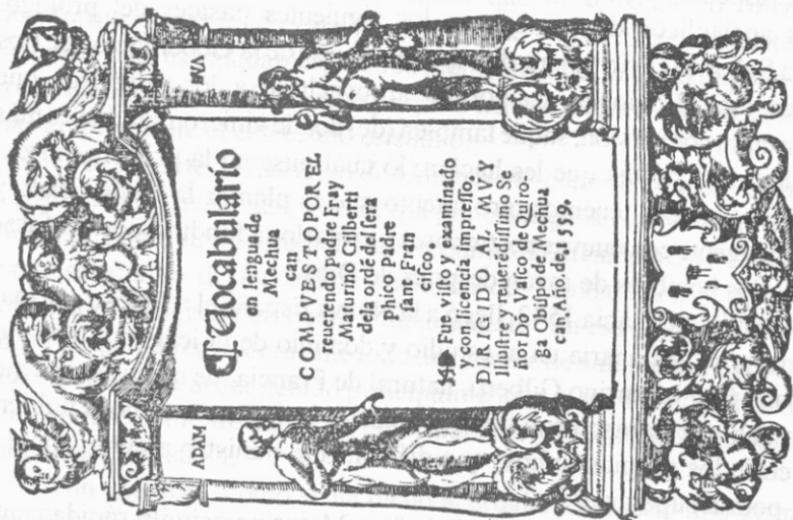
7. *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobierno de los indios de la Provincia de Michoacán (1541)*. Reproducción facsimilar del Ms. de El Escorial con estudio introductorio de José Corona Nuñez. Morelia, Balsal Editores, 1977, pp. 3 y 7.

8. Espinoza, fray Isidro Félix de. *Crónica de la Provincia Franciscana de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán*. México, Editorial Santiago, 1945, p. 186.

9. García Icazbalceta, Joaquín. *Bibliografía Mexicana del siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica, 1954, pp. 150-152. Cabe señalar que, probablemente, Gilberti ya había sido comisionado previamente por los franciscanos para elaborar y vigilar la publicación de “un pequeño cuaderno en lengua tarasca, sin autor, que contenía ciertas oraciones devotas y santas”, mismo que parece ser la llamada *Doctrina Cristiana en Lengua de Michoacán por los Religiosos de San Francisco*, que se sabe fue impresa hacia 1552-1553, pero de la cual no se conoce ningún ejemplar. *Ibid*, pp. 481-483; Cfr. Irma Contreras García. “Bibliografía catequística mexicana del siglo XVI”. En: *Catecismos y catequesis del siglo XVI en México*. II Encuentro Nacional de la Sociedad de Historia Eclesiástica Mexicana. León, Imprenta Lumen, 1979, pp. 25 y 64.



Hecha en casa de Juan Pablos Impresor



Portadas del Arte y Vocabulario de la lengua de Michoacán compuestos por fray Maturino Gilberti.

Ese mismo año fue publicada también una *Cartilla para los niños en Lengua Tarasca*, cuya edición original no se conoce, pero parece ser la misma que posteriormente fue reimpresa formando parte de una nueva obra de Gilberti titulada *Tesoro Espiritual de pobres en la Lengua de Michoacán*, publicada en 1575 por el impresor Antonio de Espinoza.¹⁰

A esta obra editorial habría que agregar también una cantidad incierta (y por lo tanto a veces confusa) de textos inéditos en lengua tarasca atribuidos con sobradas razones a fray Maturino Gilberti, tales como: dos tomos de *Sermones*, unas *Pláticas sobre los Evangelios del año*, ciertos *Textos de la Sagrada Escritura*, *Evangelios y Sermones para los domingos y fiestas de los santos*, un *Confesionario* y varios *Evangelios*, todos ellos manuscritos aproximadamente de 1560; un texto desconocido llamado *Santoral o Fiestas del año*, y dos libros distintos titulados *Luz y Tesoro de Animas en Lengua de Michoacán* y *Luz del Alma Cristiana en Lengua de Michoacán*; al parecer, el primero de ellos es de la propia autoría de Gilberti, mientras que el segundo se trata de un texto latino compuesto originalmente por un fraile dominico, pero que Gilberti tradujo al tarasco hacia 1570.¹¹

Cabe señalar que, al igual que fray Jerónimo de Alcalá, Gilberti no solamente se preocupó por la eficacia de su ministerio individual y por aprender para sí mismo los secretos de la lengua tarasca, sino ante todo pensó correctamente que transmitiendo sus amplios conocimientos a otros frailes se podría llevar a cabo una mejor obra de evangelización entre los naturales de Michoacán.

Así, los objetivos apostólicos de su obra lingüístico-literaria Gilberti los explicó también claramente en el prólogo de su primera obra: “De todos está visto y entendido cuan gran daño e inconveniente experimentamos (los religiosos) en esta tierra, así en lo temporal como en lo espiritual, por falta de no entender bien la lengua de estos naturales; porque puesto caso que la piedad evangélica -por la que fuimos enviados-, nos constriñe a entender en sus negocios espirituales y corporales, muy mucho nos estorba la ignorancia de la lengua. (Y porque) por falta de esto podría acacer que en lugar de ser predicadores de verdad lo fué(amos) de error y falsedad... debería(amos) los

10. García Icazbalceta, Joaquín. *Op.Cit.*, pp. 152-157 y 267-268.

11. Véase: Nicolás León. “Fray Maturino Gilberti y sus escritos inéditos”. En: *Anales del Museo Michoacano...*, pp. 205-214; Cfr. Robert Ricard. *Op.Cit.*, pp. 427-428; Joaquín García Icazbalceta. *Op.Cit.*, p. 483.

dichos maestros evangélicos trabajar con gran solicitud y diligencia (en saber muy bien la lengua de los indios, pues.. (la) palabra de Dios se ha de predicar en lengua que sea inteligible a los oyentes, para convertirlos y atraerlos a la Fé”.¹²

El *Diálogo de Doctrina Cristiana en Lengua de Michoacán*, impreso en 1559, fue sin duda la obra más amplia y ambiciosa de Gilberti; al parecer estaba destinada no solamente a los frailes que trabajaban en la conversión de los naturales, sino ante todo tenía como objetivo llegar a los propios indios, por lo menos los más avanzados, a quienes se pretendía introducir en la vida espiritual. No obstante, su publicación le ocasionó serios problemas con los obispos Vasco de Quiroga y fray Alonso de Montúfar, quienes como inquisidores ordenaron que el libro se examinara y todos los ejemplares fueran recojidos, pues al parecer contenía varios “pasajes escandalosos” en materia de Fé.¹³

Igualmente, el libro *Luz del Alma Cristiana*, que Gilberti tradujo al tarasco, sufrió la censura de la Inquisición y nunca pudo ser llevado a las prensas.¹⁴ Todo ello, se enmarcó en el cambio radical que sufrió la empresa evangelizadora a partir de mediados del siglo XVI, cuando comenzó a verse en la obra de los misioneros un síntoma de aislamiento de la comunidad indígena, y en el conocimiento de su lengua, religión y costumbres cierta sospecha de herejía, según el criterio ortodoxo de algunos obispos e inquisidores.¹⁵

A los textos de Gilberti, habría que agregar también, para el siglo XVI, la obra de fray Juan Bautista Lagunas, titulada *Arte y Diccionario con otras obras en lengua michoacana*, publicada por el impresor Pedro Balli en 1574.¹⁶ Con ellos, quedó básicamente conformada la base de los estudios lingüísticos del tarasco desde el siglo XVI hasta nuestros días.

-
12. Gilberti, fray Maturino. *Arte de la Lengua de Michuacan*. Edición facsimilar. Introducción histórica de J. Benedict Warren. Morelia, Fimax Publicistas, 1987, pp. 11-12.
 13. Véase: Archivo General de la Nación (AGN). *Inquisición*, vol. 43, exp. 6; *Libros y libreros del siglo XVI*. México, Fondo de Cultura Económica-AGN, 1982, pp. 4-37.
 14. AGN. *Inquisición*, vol. 73, exp. 35.
 15. Véase: Robert Ricard. *Op.Cit.*, pp. 133-137.
 16. García Icazbalceta, Joaquín. *Op.Cit.*, pp. 253-255. Aunque algunos autores mencionan que fray Juan Bautista Lagunas compuso también una "Doctrina Cristiana" en lengua tarasca, en realidad no existen indicios que amparen esta afirmación. Lo más probable es que dicho apunte se refiera al "Devocionario" y otras instrucciones que aparecen incluidas en esta misma obra. *Ibid.*, p. 484; Cfr. Fray Juan Bautista Bravo Lagunas. *Arte y Diccionario con otras obras en Lengua de Michoacán*. Edición facsimilar. Introducción histórica de J. Benedict Warren. Morelia, Fimax Publicistas, 1983.



Portada de la controvertida obra *Diálogo de Doctrina Cristiana en lengua de Michoacán*, de fray Maturino Gilberti.

Sin embargo, este catálogo de obras lingüísticas franciscanas habría de verse complementado a finales del siglo XVII por fray Angel Serra, religioso “peritísimo en el idioma tarasco”, quien compuso un *Manual Trilingüe latino, castellano y tarasco, para administrar los Sacramentos a los españoles y a los indios*, mismo que se sabe fue impreso en México por Ribera, en el año de 1697,¹⁷ pero del que no conocemos hasta ahora ningún ejemplar.

Asimismo, sabemos que fray Angel Serra tradujo al tarasco “El Catecismo del P. Bartolomé Castaño” y que en 1692 recibió licencia del obispo de Michoacán, don Juan de Ortega y Montañes, para imprimir un *Arte de la Lengua de Michoacán*, mismo que contenía al parecer un “Diccionario y Confesionario de dicha lengua”, pero cuyo manuscrito no parece haber llegado por fin a la prensa.¹⁸

Con ello, podemos ver que la obra lingüística y etnográfica emprendida por los religiosos franciscanos durante los siglos XVI y XVII, fue rica y variada, y sin duda, en ese sentido puede catalogarse como la más completa e importante en Michoacán, especialmente gracias a los trabajos de fray Maturino Gilberti, cuyos libros se convirtieron por excelencia en el “arte y vocabulario con que se facilitó la dificultad que había de aprender y predicar en la lengua (tarasca), y en general todos los ministros evangélicos se aprovecharon de sus impresos durante muchos años”.¹⁹

Rarezas agustinas

Por lo que toca a la orden de los agustinos, cabe señalar que, a pesar de la gran obra de evangelización que desarrollaron en Michoacán, su tarea de investigación lingüística y etnográfica sobre los antiguos habitantes de dicho territorio no parece haber sido abundante y los pocos textos que se conocen se encuentran envueltos en la duda o su procedencia se interpreta más bien con base en la imaginación.

17. Beristain de Souza, José Mariano. *Biblioteca hispanoamericana septentrional*. México, Ediciones Fuente Cultural, 1883, Tomo II, p. 337.

18. *Idem*. Véase también: *Documentos para la historia del obispado de Michoacán. Archivo Histórico Enrique Arreguín Oviedo, tomo I, Educación y Colegios I*. Versión paleográfica, presentación e introducción por Juan Carlos Ruiz Guadalajara. México, Frente de Afirmación Hispanista A.C.- Fundación Cultural Dr. Enrique Arreguín Vélez, A.C., 1993, pp. 39-42.

19. Espinoza, fray Isidro Félix de. *Op.Cit.*, p. 186.

En concreto, para el siglo XVI, solamente se tiene conocimiento preciso de la obra escrita por fray Juan de Medina Plaza, titulada *Doctrinalis Fidei in Michuacanensium Indorum Linguam*, impresa en dos tomos, el primero en 1578 en la imprenta de Antonio Espinoza, y el segundo en 1575, en la casa del impresor Antonio Ricardo.²⁰ Por lo mismo, cabe señalar que se trata de una obra sumamente extraña, ya que el segundo tomo apareció publicado antes que el primero con una diferencia cronológica de tres años, y es extraño también que formando parte de una misma obra cada tomo haya sido elaborado por impresores distintos. Otra cosa notable es que además de los conocimientos y oraciones propios de la doctrina, el segundo tomo contenga un interesante “Diálogo sobre impresiones naturales y metereológicas” en lengua tarasca, que resulta algo sumamente original dentro de este tipo de obras.²¹

Por otra parte, cabe señalar que recientemente ha sido dado a la luz un copioso diccionario de la lengua de Michoacán que el doctor Benedict Warren describe a grandes razgos como: un manuscrito en dos partes, al parecer una copia del otro, con varias anotaciones y correcciones sobrepuestas, que de acuerdo a los diferentes tipos de letra se fue acumulando paulatinamente durante el siglo XVI y principios del XVII. Probablemente sea contemporáneo a las obras del franciscano fray Maturino Gilberti (razón por la cual se ha atribuido erróneamente a él), pero cuyo autor o autores no es posible identificar, pues el arreglo del diccionario es totalmente distinto al utilizado generalmente por Gilberti. Existe además un breve indicio de que pudiera tratarse más bien de una obra de procedencia agustina, ya que menciona la palabra Prior que los franciscanos no utilizaban.²²

En ese sentido, cabe señalar que de acuerdo a un eminente cronista agustino del siglo XVIII, desde su llegada a Tiripetío en 1537, los agustinos encabezados por fray Juan de San Román y fray Diego de Chávez comenzaron a recopilar y escribir en un texto toda clase de verbos, nombres y voces en la lengua tarasca, de tal manera que al poco tiempo habían logrado componer ya un “copioso diccionario” que les sirvió para abrirse paso en el

20. García Icazbalceta, Joaquín. *Op.Cit.*, pp. 273-275 y 283-285.

21. Warren, Benedict. “Los estudios lingüísticos...”, en *Op.Cit.*, p. 124.

22. Véase: *Diccionario Grande la Lengua de Michoacán*. Introducción histórica de J. Benedict Warren. Morelia, Fimax Publicistas, 1991, T. I, pp. XI-XXIII.

DOCTRINALIS FIDEI
IN MECHVACA

NENSIVM INDORVM LINGVA: AEDITVS

AB ADMODVM REVERENDO PATRE FRATRE

Ioanne Mcimenti, Bethico, Augustiniani ordinis,
& Priore conuentus Cuitensis.

TOMVS PRIMVS.

AD ILLVSTRISSIMVM ET REVERENDISSIMVM

D. Dominum Fratrem Ioannem à Medina Rinconeum
Michuacanensem Episcopum, eiusdè instituti. 

ACCESSERE SERMONES QVATTVOR SCILICET INFESTO

sancti Ioannis Baptiste in festiuitate Apostolorum Petri & Pauli. In festo magnis patris
Augustini Ecclesie Doctois. In festo sancti Francisci ordinis fundatore.



MEXICI.

Com licencia, In œdibz Antonij Ricardi Typographi
Via apostolorum Petri & Pauli. Anno. 1577.

Portada de la obra del agustino fray Juan de Medina Plaza.

aprendizaje de dicha lengua.²³ Esto puede ser un indicio vago, pero interesante, para reconocer la autoría agustina de tan valiosa obra.

Probablemente la falta de más estudios en tarasco escritos por frailes agustinos en el siglo XVI se deba a que, como se ha dicho, estos religiosos desarrollaron gran parte de su labor misionera en Michoacán principalmente en la Tierra Caliente y en algunas doctrinas del centro -como Charo (Matalcingo)-, en donde no solamente habitaban tarascos sino otros grupos como los propios matlacincas o pirindas, cuya lengua probablemente era ya más conocida por los misioneros de la orden del santo de Hipona en virtud de que con anterioridad habían trabajado en las regiones de Tlapa y Chilapa. No obstante, al respecto se desconoce también si los religiosos agustinos elaboraron algún estudio concreto sobre la lengua pirinda en el siglo XVI.²⁴

Sin embargo, para el siglo XVII tenemos la interesante obra lingüística -en tarasco y matlacinca-, emprendida por el ilustre agustino fray Diego de Basalengue, quien compuso un *Arte de la Lengua Tarasca y un Arte y vocabulario de la Lengua Matlacinga*, así como unos "Sermones" y un "Catecismo" en la misma lengua pirinda, cuyos manuscritos sin embargo permanecieron inéditos en el convento de Charo y fueron dados a la luz hasta el siglo XVIII y XIX respectivamente.²⁵

Esto nos lleva a calificar la tarea lingüística de los agustinos como escasa, pero sin duda trascendente, pues abarcó ideas que los franciscanos no contemplaron y -sobre todo en el caso del matlacinca-, rescataron del olvido el estudio de la otra lengua indígena importante de Michoacán.

23. González de Paz, fray Manuel. *Historia de la Imperial Augusta Religiosa Casa de la Orden de los Ermitaños Agustinos. Crónica de su establecimiento, erección y continuación, vida y hechos de sus religiosísimos preladados y de muchos de sus más singulares hijos*. Tomo II, f. 32v. (Manuscrito inédito de 1755 conservado en la Biblioteca "Luis Chávez Orozco" del Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana).

24. Para el siglo XVI, solamente se tienen referencias de tres o cuatro textos en lengua matlacinca atribuidos todos ellos al franciscano fray Andrés de Castro, quien escribió un "Arte y diccionario de la lengua matlaltzinca", un tomo de "Sermones" y otro de "Doctrina Cristiana" en la misma lengua. Robert Ricard. *Op.Cit.*, pp. 121-122, 424 y 430. Cfr. Joaquín García Icazbalceta. *Op.Cit.*, p. 480.

25. Véase: José Mariano Beristain de Souza. *Op.Cit.*, Tomo I, p. 229. Cfr. Fray Diego Basalengue. *Arte de la Lengua Tarasca*. Introducción histórica de J. Benedict Warren. Morelia, Fimax Publicistas, 1994, pp. XIX-XXX.

El rescate jesuita

Completando la obra evangelizadora iniciada por los franciscanos y agustinos, a finales del siglo XVI los jesuitas se establecieron en Pátzcuaro y desde ahí desarrollaron una amplia labor de predicación entre los grupos indígenas de Michoacán, viéndose por lo tanto en la necesidad de emprender también su propia tarea lingüístico-etnográfica.

Así, en primer lugar, tenemos el caso del padre Juan Ferro, quien compuso un breve compendio de la *Doctrina Cristiana* del padre Diego Ledezma, traducido al tarasco, del cual no se conoce actualmente ningún ejemplar, pero que en su época alcanzó gran divulgación y se tradujo también a otras lenguas indígenas.²⁶

Por otra parte, el padre Francisco Ramírez -tal vez el jesuita más destacado en el dominio de la lengua tarasca y en general en el conocimiento de la historia y las costumbres de los antiguos habitantes de Michoacán-, escribió hacia 1585 su interesante "*Relación sobre la residencia de Michoacán*", que aunque se trata de una simple información dirigida a un superior de la Compañía, rescata lo que podemos considerar como "la parte perdida" de la *Relación de Michoacán*, ya que contiene una serie de informaciones sobre la lengua y el origen mitológico de los tarascos, sus ritos y creencias religiosas.²⁷

En ese sentido, habría que decir que, desafortunadamente, dicho texto jesuita no es muy conocido y por lo tanto no ha sido tal vez suficientemente valorizado, por lo que creemos se hace indispensable un estudio adecuado y una mayor difusión del mismo, a fin de complementar ese fragmento perdido de la historia y la cosmovisión religiosa de los antiguos habitantes de Michoacán, que los religiosos trataron de conocer a través de sus estudios etnográficos.

26. Véase: Francisco Ramírez. "Relación sobre la residencia de Michoacán". En: *Monumenta Mexicana*. Compilación de Félix Zubillaga. Roma, Monumental Histórica Societatis Iesu, 1959, Vol. II, pp. 512-513.

27. *Ibid.*, pp. 492-496.